

Una lección de generosidad

NARRADORA: LAURA GATES

NUNCA ME OLVIDARÉ DE LA NOCHE EN QUE MI MARIDO ME abandonó. Sentí como si alguien me hubiera dado un puñetazo en el estómago. Aunque nos habíamos separado en varias ocasiones a lo largo del último año, yo había supuesto que finalmente seríamos capaces de arreglar las cosas, que conciliaríamos nuestras diferencias. Mientras estaba sentada sollozando en esa fría noche de diciembre, creía que se me iba a partir el corazón. Me sentía completamente sola en el mundo. Tenía pocos amigos íntimos y estaba muy lejos de mi familia. Aunque había comenzado una exitosa empresa de mercadeo, no me sentía feliz con mi trabajo. Todo mi mundo había girado en torno a mi marido, y ahora que él se había ido, yo me sentía completamente impotente, como si no tuviera nada a lo cual asirme, si no me quedara nada por lo cual vivir.

Lo que más me asustaba era la rabia que sentía dentro de mí. Temía que si la dejaba escapar, podría no parar nunca. Pensaba, «Gracias a Dios que no tengo una pistola en casa». El darme cuenta de que realmente quería agredir a otra persona, especialmente a alguien a quien yo presumía de amar, era aterrador. Algunas cosas andaban muy mal en mi vida.

Me preguntaba cómo me había extraviado de esa manera. De joven, siempre había creído que tenía una obra importante que hacer en este mundo. Pero aquí yo estaba llorando sin parar, temerosa incluso de salir de la casa. A veces, no tenía la energía ni de levantarme por la mañana.

Un día me obligué a ir a almorzar con una amiga. Cuando ella me preguntó cómo estaba, comencé a llorar, diciéndole lo que estaba sucediendo en mi vida. Ella me habló de una mujer llamada Claire, y de cómo la había ayudado a soportar el dolor del divorcio mientras le enseñaba algunas lecciones valiosas acerca de las relaciones. Claire Nuer, una francesa de sesenta y tantos años, era una sobreviviente del Holocausto y del cáncer, que había conocido el dolor y el sufrimiento en su vida y había aprendido de la experiencia. Ella también había trabajado con miles de personas como yo, enseñándoles a usar sus dificultades como palancas para cambiar sus vidas. Supe que tenía que estudiar con esta mujer.

Poco después, asistí a un seminario donde Claire hacía unas pocas preguntas al parecer sencillas, «¿Qué quiere usted en su vida... ¿en sus relaciones... ¿en su familia... ¿en su trabajo... y en el mundo?». Luego las preguntas se hacían más conminatorias. «¿Qué cambios podría hacer en su vida actual para crear un mundo más humano de aquí a cincuenta años?».

Como la mayoría de la gente, yo quería ser amada, reconocida, respetada y apreciada por otros. Quería buenas relaciones personales, y quería ser creativa, hacer el trabajo que me gustara, viajar y vivir bien. También quería que mi vida tuviera sentido. Parecía bastante sencillo, pero al hacerme yo misma las preguntas que Claire presentaba, me di cuenta de que mi vida se había convertido exactamente en lo contrario. Había intentado desesperadamente ser amada por un hombre y, en el proceso, había reducido mi mundo y había dejado escapar todo lo demás que era importante para mí. Y ahora él se había ido.

Con la ayuda de Claire, me di cuenta de que con

frecuencia me debatía entre dos extremos: intentar conseguir algo de los demás para mi propia utilidad o huir de los demás, temerosa de quisieran obtener algo de mí. Como resultado, mis relaciones a menudo eran superficiales. Era deprimente ver cómo esto había ocurrido en mi negocio tanto como en mi vida personal. Como asesora de mercadeo, estaba ayudando a algunas compañías a inflar sus imágenes, disimulando sus problemas. Este modo de trabajar acrecentaba el vacío de mis sentimientos. ¿Qué le había sucedido a la joven mujer que quería construir un mundo mejor?

Un día Claire dijo algo que me conmovió profundamente. Ella me miró con claridad y determinación en sus ojos y dijo, «Una persona puede ser la roca que cambia el curso de un río». Esta idea sencilla había ayudado a Claire a vencer las dificultades en torno a su salud, su familia y su vida. Esta mujercita, que había sido una vez una niña escondida de los nazis y que no pudo terminar la escuela, estaba ahora asesorando a algunos de los líderes del mundo académico, el gobierno y los negocios. Había llegado a ser bien conocida y respetada en todas partes por sus talleres que enseñaban a la gente a abrir las puertas a una vida mejor, más feliz y saludable.

El compromiso de Claire de construir un mundo mejor la había inspirado a asumir tareas imposibles una y otra vez. En 1995, reunió más de trescientas personas en Auschwitz para que pudieran aprender a transformar la guerra en sus vidas diarias. En sólo unos pocos días, gerentes de compañías y sus empleados, padres e hijos, judíos y palestinos, y serbios y croatas aprendieron un nuevo modo de estar juntos para poder producir paz en el mundo. Si Claire tuvo el valor de vivir sus sueños, me dije decidida, yo también podía.

Yo también quería ser esa roca en medio del río, de manera que decidí comenzar con mi propia vida. Mi mayor desafío consistía en aprender a ser compasiva y a dar, en lugar de jugar al juego de «obtener». Mi compromiso fue puesto a prueba muchas veces: una de ellas por un cliente. El presidente de una compañía industrial que empleaba cien personas me había contratado para mejorar su imagen, afectada después de una quiebra varios años antes. Desde entonces, la compañía había crecido más del doble en tamaño y ganancias, pero su trabajo ambiental se había deteriorado. El temor, las luchas internas y la competencia entre los empleados eran palpables. Si bien quería decir algo acerca de esta atmósfera tensa, me conformé con hacer mi trabajo y me guardé mis opiniones para mí.

Luego me acordé de mi meta de ser la roca. Una voz interior me recordaba ignorar el temor y compartir mis observaciones con el presidente de la compañía, incluso si eso significaba perderlo como cliente. Hice acopio de todo mi valor y entré en su oficina. Antes de que pudiera decir una palabra, él comenzó a hablarme de sus preocupaciones. «Algo le falta a esta compañía desde que hemos crecido —me dijo—. Al principio de salir de la quiebra, teníamos un espíritu de equipo, y hasta de intimidad entre nuestros empleados. De alguna manera, hemos perdido eso, y quiero recuperarlo».

Yo estaba sorprendida por su franqueza y su disposición a ser sincero conmigo. Me di cuenta de cuánto realmente me importaba este hombre y su compañía y de cuánto yo quería que tuvieran éxito. Decidí arriesgarme a compartir con él lo que yo había aprendido de Claire acerca de dar y recibir. Respiré profundamente y le pregunté. «¿Piensa usted que tal vez nos hemos concentrado

demasiado en la *obtención* de resultados?» Hice una pausa por un momento y pensé en mi experiencia con sus empleados. «Sus empleados parecen estar compitiendo unos contra otros en lugar de trabajar juntos como un equipo. Si usted quiere personas que se entreguen a la compañía, debe darles algo: necesitan un objetivo más grande, algo que puedan defender, que les dé esperanzas de que pueden hacer un cambio significativo en esta compañía».

«Lo que usted me está diciendo es importante», respondió, escuchándome atentamente. A lo largo de las próximas semanas hablamos sobre las posibles mejoras que podían hacerse en la compañía. Luego un día él me llamó a su oficina y me dijo, «He estado pensando acerca de lo que me dijo. Hoy voy a tener una reunión con toda la compañía para que la gente pueda expresarme sus temores y preocupaciones».

«También he decidido sacar tres empleados a almorzar cada semana, de manera que pueda oír, individualmente, la reacción del personal. Quiero crear también una misión de la compañía que ayudará a motivar a los empleados y a orientarlos en la dirección correcta». Hizo una pasusa y me dijo, «sabe, Laura, yo realmente la escuché porque usted parece comprometida con la gente aquí. Eso va más allá de lo que yo le pago. Es como si fuera parte de la familia».

Ha sido gratificante ver a su compañía crecer y expandirse de un modo que incluía y ayudaba a sus empleados. Y yo aprendí que dando más de mí misma y concentrándome en mi objetivo de crear buenas relaciones, podía echar a un lado mis propios temores y realmente sentar una pauta. Recordé la noche en que mi marido se fue, de cuán furiosa y desesperada había estado, y hasta dispuesta a cometer una acción violenta. Me di cuenta de que si alguien tan

amante de la paz como yo podía sentir ira, no era sorprendente que el mundo estuviera en un estado tan lamentable.

Pero esa misma energía colérica, cuando se comprende y se revierte, era capaz de convertirse en la roca que cambió el curso del río. El efecto que pudo tener con una compañía — simplemente por ser compasiva y dar más bien que recibir — resultó esperanzador. ¡Imagínese simplemente lo que podría ocurrir si yo viviera de este modo todos los días con todas mis relaciones! Y si cada uno de nosotros hiciera esta clase de compromiso, en verdad podríamos construir colectivamente un mundo mejor y crear la paz mundial, si no en el curso de nuestra vida, tal vez en la de nuestros hijos.

Si quiere poner en práctica sus más profundas aspiraciones en su centro de trabajo, en su familia y en el mundo, indague con el **ACC International Institute** sobre los próximos programas de entrenamiento de líderes en el 415-789-8802; P.O. Box 335, Larkspur, CA 94976-0335.

Una Lección de Dar

• Compasión • Valor • Honestidad • Compromiso • Visión

HISTORIA

Clair Nuer fue una sobreviviente del Holocausto y del cáncer que enseñó a las personas cómo usar las dificultades que enfrentan como palancas para cambiar sus vidas. Laura Gates fue una exitosa mujer de negocios que había alcanzado un punto de desesperación personal y profesional. Un día, Claire dijo algo que la conmovió profundamente: "Una persona puede ser la roca que cambia el curso de un río". En esta historia, Laura cuenta cómo las palabras de Claire la inspiraron a tener el coraje de decirle la verdad a un cliente, en lugar de "preocuparse por su propio negocio", y cómo este momento de verdad cambió todo. "El impacto que pude tener siendo compasiva y dar en lugar de recibir fue increíble", dice ella. "Si cada uno de nosotros hace este tipo de compromiso, colectivamente realmente podríamos construir un mundo mejor".

ACCIÓN

Artes del Lenguaje

- Haz que los estudiantes jueguen el rol de "juego de conseguir" en una obra de teatro centrada en la escuela, los deportes y los amigos. Entonces pídeles que se imaginen a sí mismos como adultos con trabajo, tratando de mantener a sus familias. Jueguen el rol sobre cómo las personas quedan atrapadas en "conseguir el juego" al tratar de alcanzar sus propios objetivos.
- Haz un conjunto de ideas sobre cómo los estudiantes pueden practicar actos de bondad todos los días. Escribe ideas en pequeños trozos de papel y haz que los estudiantes seleccionen uno cada mañana para practicar durante el día.
- Pídeles a los estudiantes que respondan en sus diarios sobre estas preguntas: ¿Qué quiero en mi vida? ¿Con mis amigos? ¿En mi familia? ¿En el colegio? ¿En el mundo?

Estudios Sociales

- Diseña un cuestionario con los estudiantes y realiza una encuesta a la población local. Haz la pregunta: "¿Qué cambios podrías hacer en tu vida hoy que crearía un mundo más humano dentro de cincuenta años?"

Servicio Comunitario

- Pídeles a los estudiantes que practiquen dar una vez al día durante un mes y que escriban sobre sus actos de dar en su diario. Escriban un Informe resumido a fin de mes sobre sus experiencias.
- Organiza un evento en toda la escuela sobre la importancia de dar. Contrata a un orador talentoso para desafiar las opiniones de las personas y mejorar el apoyo a la educación. Invita a las familias a asistir.

Preguntas de Reflexión

1. ¿Qué es el "juego de conseguir"?
2. ¿Cómo te afecta?
3. ¿Alguna vez has tenido miedo de decirle a alguien la verdad sobre una situación?
4. ¿Qué cambios podrías hacer en tu vida hoy que crearía un mundo más humano dentro de cincuenta años?

Lecciones Que Puedes Aprender

1. Una persona puede ser la roca que cambia el curso del río.
2. Podemos aprender a usar situaciones difíciles como palancas para cambiar nuestras vidas.
3. Cuando las personas tienen una meta, pueden trabajar juntos en lugar de competir con los demás.